



O Ideário Patrimonial О идеарио

Culturas oriundas da África,
América e Europa

EL TROPIEZO DE LA HIDALGUÍA LA MANIFESTACIÓN DE UNA TENSION SOCIAL PATENTE

THE SQUIREARCHY'S SETBACK A SELF-EVIDENT MANIFESTATION OF SOCIAL TENSION

Recibido a 06 de agosto de 2021
Revisto a 11 de agosto de 2021
Aceite a 16 de agosto de 2021

Carlos Augusto Rodríguez Martínez

Investigador GIPRI Colombia
Docente Universidad Pedagógica Nacional
Docente Universidad Distrital Francisco José de Caldas
Grupo de Quaternário e Pré-História do Centro de Geociências
Doctorado en Patrimonio Universidad de Extremadura
carlosrupestre@hotmail.com

Resumen

El presente trabajo tiene como punto de partida, la sorpresa por la respuesta de la sociedad colombiana frente a las acciones realizadas por la comunidad Misak en los últimos meses. Ellos han derribado varias esculturas de Conquistadores Ibéricos en distintos lugares del país, lo que ha sido interpretado de distintas maneras, algunos consideran que esos actos son vandálicos y que atentan contra la cultura nacional, otros apoyan esas acciones, y las consideran como reivindicativas. Una y otra posición expresa la fractura social de Colombia, y los lugares de un desencuentro que se ha tejido por más de 500 años de historia. Los espacios públicos han sido nombrados, apropiados y marcados por las elites tradicionales del país para construir una idea de Estado y Nación, que poco o nada tiene que ver con la realidad que ha vivido la mayor parte de la sociedad. Dar sentido al espacio público sigue siendo esencial para mantener los privilegios y conservar las estructuras de poder, las que habían sido instauradas desde la Colonia y que aún permanecen vigentes. Por lo mismo, es que es tan significativo el que los Misak derribaran varias esculturas, pues no se trata sólo de los monumentos, sino de interrogarse sobre el sentido de lo público, y también, de lo que se ha querido instaurar como fundamento de la Nación, y por lo tanto, como parte del patrimonio.

Palabras clave: Exclusión, desarraigo, espacio público, hidalguía, resignificación.

Resumo

O presente trabalho tem como ponto de partida a surpresa com a resposta da sociedade colombiana às ações realizadas pela comunidade Misak nos últimos meses. Demoliram várias esculturas de Conquistadores Ibéricos em diferentes partes do país, o que foi interpretado de maneiras diferentes, alguns consideram que estes atos são vandalismo e que ameaçam a cultura nacional, outros apoiam essas ações, e consideram-nos reivindicação. Ambas posições expressam a fratura social da Colômbia e os lugares de um desacordo que se tece há mais de 500 anos de História. Os espaços públicos foram nomeados, apropriados e marcados pelas elites tradicionais do país para construir uma ideia de Estado e de Nação que pouco ou nada tem a ver com a realidade que grande parte da sociedade viveu. Dar sentido ao espaço público continua a ser imprescindível para a manutenção de privilégios e preservação das estruturas de poder, aquelas que foram estabelecidas desde a formação da colônia e que ainda estão em vigor. Pelo



mesmo motivo, é tão significativo que os Misak tenham demolido várias esculturas, pois não se trata apenas de monumentos, mas de questionar o sentido do público, e também daquilo que o Estado pretende estabelecer como fundamento da Nação e, portanto, como parte do Patrimônio.

Palavras-chave: Exclusão, desenraizamento, espaço público, nobreza, ressignificação.

Abstract

The take-off point of this study is an astonishment when seeing Colombian society's reaction at the actions by Misak community in the last months. They tore down various sculptures by Iberian conquerors in different places around the country, which has been interpreted in diverse ways. Some consider it as vandalism acts that undermine national culture, and others view it as vindicative. Both vintage manifests the Colombian social divide and the point of contention that have been weaved throughout 500 years of history. The public spaces have been named, appropriated and marked by traditional elites of the country to build up an idea of state and nation that little, if nothing, has to do with the reality that most of the society has lived. Giving sense to the public space keeps on being paramount to maintain the privileges and to preserve power structures that were established during colonial times and that are still valid to this day. It is then meaningful, that the Misak tore down various sculptures since it is not only a matter of a memorial structure but a valid questioning of the sense of what is public and what has been established as foundation for the nation and that has become heritage.

Keywords: Exclusion, uprooting, public space, setback, resignification.

EL TROPIEZO DE LA HIDALGUÍA la manifestación de una tensión social patente



Figura 1 - Eran cerca de las 5 am cuando la noticia del derribamiento de la escultura a Gonzalo Jiménez de Quesada había sido divulgada. En la plazoleta del Rosario sólo quedaron las preguntas y la admiración, pues los Misak no esperaron la prensa; no hubo en el derribamiento ninguna intención de protagonismo mediático (C.A.R.M). Fuente: Fotografías tomadas por C.A.R.M

Introducción

El pasado 7 de mayo de 2021 una parte de la comunidad Misak derribó en horas de la mañana la escultura a Gonzalo Jiménez de Quesada, que estaba en la plaza del Rosario. Este sitio es central en la capital de Colombia; hacia el lado sur se encuentra la entrada del Claustro Colegio Mayor del Rosario, hoy universidad del Rosario, que entre otras cosas tiene una capilla anexa de “La Bordadita”. A no más de 100 metros, en sentido nor-occidental esta la iglesia de “San Francisco”, y justo detrás de ella la “Iglesia de la Veracruz” y al frente de la misma la iglesia de “La Tercera” o iglesia de “Los Estigmas”. en el mismo sector está el antiguo edificio del periódico El Tiempo y el banco de la Republica. Caminando hacia el sur a unos 400 metros esta la plaza de Bolívar, rodeada por la Catedral Mayor de Bogotá, el congreso de la Republica, el Palacio de Justicia y el Palacio Liévano, sede de la alcaldía del distrito capital. En la esquina oriental de la plaza de Bolívar el colegio de San Bartolomé y en el costado opuesto hacia el norte, la casa Museo del Florero, lugar emblemático del grito de Independencia. Como se advierte un conjunto amplio de edificios y lugares, que se han denominado insignias del Estado y la

religión católica hacen parte del conjunto general que acompañaba la mencionada escultura a Gonzalo Jiménez de Quezada.

El presente trabajo busca las raíces profundas de la construcción del Estado y de la cultura nacional, y por lo mismo, se detiene en momentos y circunstancias que son determinantes, y que permiten elaborar un camino explicativo que permita dar cuenta de las razones por las cuales miembros de la comunidad Misak han emprendido un camino de resignificación de los espacios públicos. El derrumbamiento de esculturas icónicas en Colombia no ha de ser entendido como un asunto coyuntural, y menos aún como una respuesta poco pensada, por el contrario, es el resultado de cientos de años de exclusión y desarraigo, como también de pobreza y silenciamiento. Lo que parece estar en el fondo es una tensión social, que se fue madurando durante siglos, y que ahora se hace patente. Dicha tensión es un síntoma de una sociedad escindida, donde los espacios públicos fueron apropiados de manera casi única por un sector de la sociedad, esto es, por los “hidalgos” y “doctores”. Es perfectamente claro que el derribamiento de la mencionada escultura y de otras en el territorio nacional, tiene un carácter simbólico de primer orden, y por lo mismo, exige un intento explicativo que se adentre en la historia y abandone la coyuntura y los discursos superficiales que se han hecho a favor y en contra.

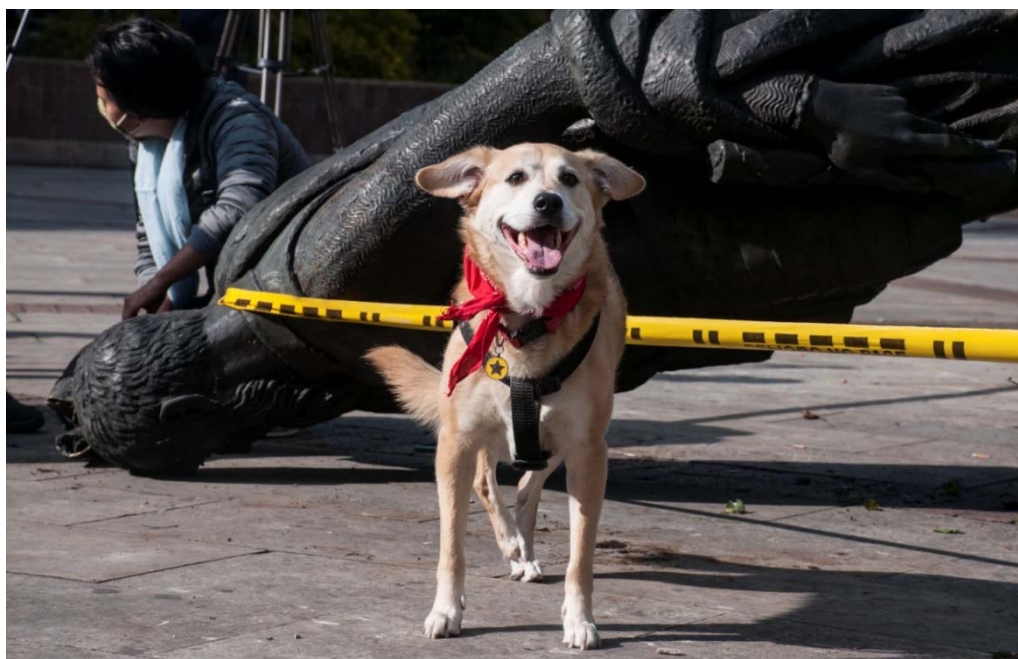


Figura 2 - Aunque llegaron con los Ibéricos, y fueron usados en la Conquista para el aperreamiento, hoy hacen parte de la nueva sociedad, esa que se ha estado construyendo en los últimos 500 años. Fuente: C.A.R.M.

Primer momento

“Ante el nuevo paisaje y los nuevos pueblos sometidos, cada porquerizo sueña con un gobierno feudal, con una tropa de vasallos y de siervos y con ese “Don”, tanpreciado, que va perdiendo importancia a fuerza de ser alcanzado por cualquiera” (F. Guillén Martínez).

Desde los albores de la Conquista y la Colonia el proyecto español tenía un principio claro, y era “...instaurar sobre una naturaleza vacía una nueva Europa, a cuyos montes, ríos y provincias ordenaba una real cédula que se les pusieran nombres como si nunca los hubieran tenido.” (Romero, 1999). De esa manera, los antiguos contenidos sociales, lingüísticos, estéticos y en general de la vida de los pueblos nativos del ahora Nuevo Continente deberían ser anulados, o por lo menos, silenciados de manera sistemática. Para lo mismo se usaron varias estrategias, una de ellas consistió en entender casi todo el comportamiento social de los nativos como evidencia clara de la presencia del demonio al interior de las consciencias y formas de comportamiento de los aborígenes americanos. Así, las formas complejas de dar cuenta del mundo y la realidad fueron prohibidas y perseguidas; una sola forma de objetividad, la católica contrareformista sería la que se podría instaurar en las ahora tierras vacías de contenido.

La construcción de América estaría consagrada a la misma forma religiosa que le había dado unidad e identidad a la península; no era una formula nueva, ya había servido para enfrentar la fuerza de los musulmanes y sarracenos. La identidad de la península Ibérica se había hecho desde la iglesia, sobre todo, gracias al control que la misma tuvo de la vida privada y pública. Los pulpitos y confesionarios, junto con el conjunto general de sacramentos había tejido el fondo estructural de la identidad peninsular. Esas mismas estrategias fueron aplicadas en los más recónditos lugares de la naciente América. Las situaciones, gentes y territorios eran distintas; un continente amplio y diverso en donde los recién llegados desconocían los idiomas y la naturaleza particular de cada contexto ambiental del trópico, a lo que se sumaba la premura del tiempo, pues se requería de procesos rápidos de evangelización y de reorganización de las comunidades. Las diversas etapas de envío de misioneros antes de la firma del Patronato (1574) hacen evidente lo mencionado. Los misioneros de las distintas comunidades se fueron acomodando lentamente a las nuevas realidades poblaciones y geográficas, y como bien lo advierten Pedro Borges Moran (1977) y Rafael Gómez Hoyos (1961) estaban más interesados en vivir en las regiones más densamente pobladas, pues



ellos venían en busca de Destino, eran en buena medida hidalgos o hijos de aquellos, que buscaban conservar privilegios y adquirir honores (Guillén, 2017). Así, Mercedarios, Franciscanos, Agustinos, Carmelitas Descalzos y luego Jesuitas compusieron las diversas comunidades religiosas encargadas de la evangelización.

Junto con la fuerza de los religiosos y las cruces se hizo uso de las armas, tanto arcabuces, perros y caballos acompañaron el filo de las espadas, además se contó con la inesperada ayuda de los virus y bacterias (Tovar, 1997). Lo cierto es que en los primeros momentos de la Conquista y luego, en la instauración de la Colonia se fueron reorganizando los territorios y se implantó un nuevo orden territorial. Los otrora habitantes de los territorios fueron desplazados, perseguidos, asesinados y finalmente, concentrados en lugares donde podían ser evangelizados, y se podrían convertir en siervos tutelados, de tal manera que pagaran con servicios personales e impuestos los “beneficios” del nuevo orden social. De esa manera los cuerpos religiosos, jurídicos y administrativos, junto con las nuevas gentes fueron acomodándose a la realidad del nuevo continente. Así se fue configurando una nueva sociedad (Henríquez Ureña, 1954), una donde las comunidades originarias tenían un lugar ajeno y cada vez más distante de los centros de poder, apenas reconocidos como seres que deberían ser reducidos por la fuerza y el evangelio, y que requerían de la constante tutela.

Los procesos fueron diversos en las distintas áreas del continente, las diferencias tuvieron que ver con las características especiales del medio y de las sociedades que las habitaban. Numerosos trabajos se han dedicado a estudiar las implicaciones y consecuencias de la Conquista y posterior instauración de un régimen peninsular en las nuevas tierras. Tzvetan Todorov (1987) ha llamado la atención en lo que él denomina el problema del *Otro*, esto es, los nuevos, los que no se podían acomodar de manera simple a las formas cristianas de entender lo humano. Sin duda, el momento mismo de la expansión europea responde a la estructura interna de la historia y de la necesidad de recursos y gentes para el naciente mercado de larga distancia, que con América se convertirá en el inicio de la gestación el mercado mundial (Marx, 1972) y que como bien ha denominado Rubén Jaramillo Vélez, provocó la universalización de la historia. Por su parte, Luis Weckmann (1983) ha estudiado con sumo cuidado las herencias medievales en la Conquista y sociedad mejicanas:

“(...) los frutos tardíos que el espíritu medieval español produjo en plena Edad Moderna (en ambos lados del Atlántico) son numerosos e incluyen entre otros la concepción del Imperio universal, la nueva mística de Teresa de Ávila y Juan de la Cruz, la nueva Escolástica, la novela caballeresca, el romancero y el teatro. De parte mía, cabría añadir a esa enumeración el latín, que siguió siendo la lengua de enseñanza universitaria en todo el Imperio español hasta los días de Fernando VI; las gestas; ceremonias de origen godo; la organización gremial; el municipio y el cabildo; el trazado regular de las primeras ciudades americanas, en el cual está presente el recuerdo romano y medieval; la inmensa devoción a la Virgen María que habría sido muy del agrado de San Bernando de Claraval; las bases medievales de la estructura de la sociedad (encomienda, señorío, repartimiento); la esclavitud; la música; el arte de la navegación cuyos cálculos, todavía en 1583, en los escritos de Diego García de Palacio, se basaban en las tablas medievales; y el sistema jurídico-administrativo-comercial de ultramar.” (Weckmann, 1983).

Como se advierte, un conjunto amplio de elementos medievales hace parte del proceso de configuración de los nuevos ordenes, las nuevas tierras y sociedad. Lo cual no es extraño, pues los conquistadores y luego colonizadores ibéricos no podían deshacerse de lo que los había constituido, por lo mismo buscaban *“(...) más bien la confirmación de la existencia de lo maravilloso que habían aprendido de sus maestros antiguos y medievales.”* (Weckmann, 1983). Entonces, no es extraño que pretendieran encontrar en las tierras de occidente los elementos que componían los bestiarios y por ello, aparecían acéfalos, sirenas y amazonas, entre otros elementos presentes, los cuales iban incorporando en los relatos de las “hazañas” y conquistas.

De esa manera, lo nuevo que significaba el continente que se iba conquistando apareció bajo el manto de las formas antiguas de interpretar el mundo. Por lo tanto, *“La conquista de América no significó tan sólo la trasmisión, por parte de Europa, de instituciones medievales, sino en algunas ocasiones el renacer de éstas, como fue el caso del señorío y del cabildo que, en franca decadencia de la Península, adquirieron carta de naturalización y nueva vigencia en el continente americano.”* (Weckmann, 1983). Es importante anotar que la medievalidad de la península Ibérica, como bien aclara Guillén Martínez es muy particular. Ya que, *“Al llegar al siglo XV, España está invadida por pequeños hidalgos, sin rentas ni oficio, que odian el trabajo manual, que no están sujetos a tributación, que no son vasallos perpetuos de nadie, que están sometidos a una justicia*



privilegiada y que solamente legan a sus hijos la desesperada vanidad de su estatuto nobiliario ínfimo y el deseo insatisfecho de hallar con qué comer” (Guillén, 2017). Los desposeídos de bienes y rentas tienen un “orgullo” acompañado de privilegios que no les son útiles, pero que están presentes en sus formas de reconocimiento y de comportamiento social, a lo cual ha de sumarse la fe católica, la misma que usaron primero contra los judíos y luego contra las comunidades en América y África. Ese hidalguismo siempre hizo uso de todas las fuerzas para defender a los que estaban por encima en la escala social y atacó a los que se encontraban debajo, lo que sin duda llevó a un “completo” individualismo, donde la solidaridad social no tenía cabida.

“El «hidalguismo «suscita un deseo exasperado de desdeñar y destruir a los competidores en la carrera hacia el privilegio y una indiferencia total por la suerte de aquellos a quienes considera como el piso y sustento necesario para que los privilegios existan. El» hidalguismo «promueve la aparición de una serie gradual e interminable de estamentos sociales, solo unidos entre sí por el odio hacia los de abajo y la envidia pretensiosa hacia los de arriba. Cada estamento necesita deprimir y tratar de oprimir a los estamentos inferiores y solidarizarse con los intereses de los estamentos superiores, para ratificar su propia importancia. La suma de estas actitudes es una aplastante fuerza social que empuja en favor de la injusticia y del privilegio y que ahoga y atomiza toda posibilidad de protesta o de reacción contra ellos.” (Guillén, 2017).

Entonces, la España que conquistó el Nuevo Mundo (Puiggros, 1965) estuvo plétórica de gentes que buscaban destino, en donde el trabajo manual no parece ser el camino buscado, por el contrario, se querían mantener los privilegios. Esas hidalguías se trasladaron al Nuevo Mundo, donde pudieron realizar sus sueños de grandeza, y tuvieron disponibles ingentes masas de pueblos para hacerlos siervos y esclavos. Así, la nueva sociedad, con jerarquías que renacían y con nuevas formas de organización del poder y de los privilegios se fue configurando. En principio se dio una división en dos órdenes, los recién llegados, que en adelante se fueron autonombrando como gentes, y los otros, esto es, las masas de aborígenes que rápidamente se clasificaron el despectivo termino de indios. Los primeros se consideraron a sí mismos como quienes deberían detentar el poder y administrar tanto los bienes públicos como la vida privada y productiva de los diversos grupos humanos que componían el caleidoscopio de la nueva sociedad. Los segundos deberían ser tutelados y aceptar de manera definitiva las nuevas reglas de organización

social, sus cotidianidades se vieron seriamente afectadas y en muchos casos simplemente transformadas de manera definitiva. Más adelante esclavos africanos y mestizos acabaron de completar el panorama social. Las particulares formas de organización social y mental impuestas por los recién llegados implicaron:

“Requerir del indio servicios económicos y personales y sentir el placer psicológico de colocarlo en una situación sumisa y servil: hay una oscura delicia en el colono español que consigue obtener de la Corona leyes o mandamientos judiciales que le permitan directa o soslayadamente construir grupos indefensos de siervos perpetuos sobre los cuales descargar su nostalgia de preeminencias y altanerías. La opresión contra el indio no es tanto el resultado de una calculada explotación económica, sino el anhelo de sentirse miembro de la casta opresora. Las diversas formas, larvadas o clamorosas, de la servidumbre aborígen están teñidas de esa ansiedad psíquica plebeya de superioridad.” (Guillén, 2017).

Por lo mismo, la arquitectura de los nuevos espacios urbanos, la organización de las formas de explotación y transporte, junto con la incorporación de la jurisprudencia peninsular se convirtieron en mecanismos de engranaje en la configuración social (Herrera, 2007). La nueva sociedad estaba muy lejos de los principios del racionalismo económico, y aún más alejada de las formas del moderno Estado que se empezaba a configurar al norte de los Pirineos.

Como ya se ha sugerido, especial importancia tuvo la incorporación de la religión de corte católico. La presencia de evangelizadores, curas, conventos y demás cuerpo religioso se fue estableciendo como parte integrante de la nueva sociedad. Las tensiones que pronto se dieron en el mundo europeo por la Reforma se vieron reflejadas en América por vía de la contrarreforma, y en particular por las políticas emanadas del Concilio de Trento (Lutz, 2001, Trevor-Roper, 2009, Jaramillo, 1998). América se veía ceñida al fuerte control de los religiosos, y en especial, de las comunidades que habían sobrevivido a las primeras etapas de la Conquista. La nueva sociedad ahora se enfrentaba a un nuevo orden, impuesto por la vigilancia constante de los religiosos y administrativos de la corona. Se podría pensar que los grupos originarios del continente fueron pasivos frente a la presencia de los europeos, y que simplemente relegaron o abandonaron las formas más antiguas de entender y significar el mundo, sin embargo, diversos estudios han mostrado que se dieron distintos mecanismos de resistencia y respuesta, los mismos van desde estrategias de simulación y apariencia o de huida a territorios no accesibles a las



fuerzas conquistadoras (Tovar, 1993, Labastida, 1999). Como se advierte, no se trató sólo de una relación formal o de una mera transmisión, en general las implicaciones de la Conquista en el mundo espiritual, cultural y material fueron amplias y en muchos sentidos, siguen gravitando en la realidad de América (Richard, 2005, Gruzinski, 2010, 2007a, 2007b, 2006, Bernand & Gruzinski, 1992, 2005, Bernand, 1998).

Las tensiones mencionadas entre religiosos (evangelizadores, curas y conventos) y las comunidades nativas del territorio se vieron agravadas por las fuertes disputas entre encomenderos, administradores y sacerdotes, los cuales batallaron de manera casi constante por el dominio de los grupos humanos, que entre otras representaban la fuerza productiva. Controlar las comunidades era fundamental para preservar y ampliar los privilegios. Las comunidades originarias fueron quedando en medio de disputas que, si bien podían o no entender a profundidad, si les afectaban de manera continua. No gratuitamente habían sido objetivados como fuerza de trabajo, y sobre sus hombros y brazos descansaban las posibilidades de ostentar el prestigio y de ufanarse de los privilegios. Mercedes López (2001) ha llamado la atención sobre estas disputas:

“Entender las dimensiones de la cristianización en la vida cotidiana de los indígenas va más allá de indagar detalles acerca de lo que comían o cómo se vestían o qué hacían cada día los cristianos coloniales. Es necesario ir más lejos, examinar la forma como la colonización y la evangelización afectaban la vida de las comunidades inscritas en los conflictos surgidos de los intentos de imposición colonial. Por ejemplo, la presencia de los doctrineros afectaba los tiempos porque imponían a los niños la asistencia a la doctrina, variaba la cotidianidad introduciendo nuevas obligaciones (...).” (López, 2001).

Las comunidades se vieron obligadas a trabajar para varios “patrones”, por un lado, la corona española que exigía por vía de impuestos dividendos; los encomenderos que les demandaban cuotas de producción y servicios personales, y la iglesia, que a su vez les obligaba al mantenimiento del sacerdotes o evangelizador y la construcción y mantenimiento del ornamento y edificio religioso. A lo mencionado habría que adicionar la constante imposición de formas de vestir, comportarse y pensar, como también, del control del árbol de las pasiones, para usar el nombre del libro de Emilio Temprano (1994). De esa forma, se fueron tejiendo los lazos de la sociedad, en donde unos pocos eran detentores de los privilegios, mientras los más llegaban a la simple sobrevivencia.

Los primeros ocuparon los centros urbanos y los demás fueron conducidos a la periferia, esto no sólo en la arquitectura física, sino en todo el organigrama social. Los edificios administrativos, religiosos y las casas de los principales estaban en el centro, la plaza al frente y más lejos, en un estricto orden, los demás grupos humanos. De esta manera, el orden arquitectónico respondía a las formas de la organización social. Como se advirtió, los privilegiados se ubicaron espacialmente en el centro, los demás tenían un lugar en los espacios más apartados. Unos se convirtieron en DON (de origen noble) y los demás se vieron obligados a comunicarse con aquellos mediante el apelativo de su merced, que remitía a la sumisión y el estado servir a que se vieron forzados. De esta manera “(...) *toda la estructura social hispanoamericana se fundamenta en el andamiaje de la burocracia y esta, a su vez, se sostiene mediante el tenso esfuerzo de intentar mantener en la práctica una mano de obra rural servil o semiservil.*” (Guillén, 2017).

Al final la exclusión, el desarraigo y el olvido se convirtieron en los elementos reiterativos en la continuidad del tiempo (Rodríguez, 2012). Los eslabones íntimos de la memoria -que habían durado siglos en constituirse con el territorio- fueron condenados al olvido. La memoria conducida a una especie de trastienda que poco o nada tenía que ver con los nuevos modos del comportamiento y de entender la realidad, se fue desgajando hasta llegar al olvido. La sola idea de preservar los lenguajes y formas de vida antiguos no eran posibles en el nuevo mundo social, apenas quedaban como la evidencia de la resistencia o la terquedad de esas comunidades originarias, que en opinión de los nuevos no lograban entender la importancia y beneficios del catolicismo y la administración española).

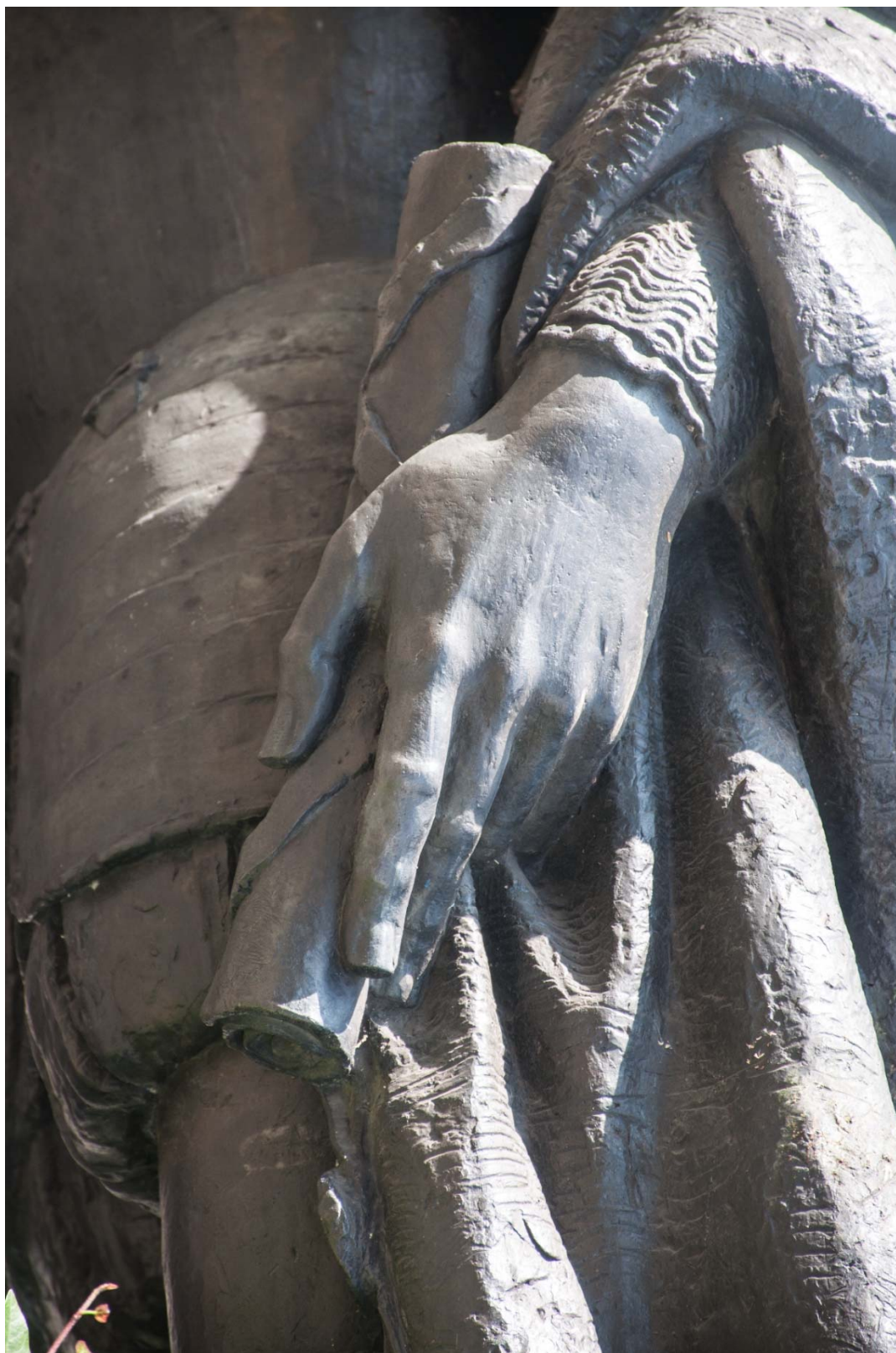


Figura 3 - “Pareciole a un doctrinero que todo aquello debía de ser hechizos y arte mágica. Y porfió que se habían de quemar, y quemáronse aquellos libros, lo cual sintieron no sólo los indios sino españoles curiosos, que deseaban saber secretos de aquella tierra. Lo mismo ha acaecido en otras cosas que penando los nuestros que todo es superstición, han perdido muchas memorias de cosas antiguas y ocultas que pudieran no poco aprovechar. Esto sucede de un celo necio, que sin saber y aun querer saber de las cosas de los indios, a carga cerrada dicen que todas son hechicerías, y que éstos son todos unos borrachos, que qué pueden saber, ni entender”. Fuente: José de Acosta. Historia natural y moral de las indias. Editorial Dastin S.L. 2003.

Segundo momento



Figura 4 - La tensión entre la institucionalidad y la ciudadanía. Fuente: C.A.R.M.

“(...) conducta típica del terrateniente: ocio constante, magnanimidad arbitraria e irracional, presión sostenida para mantener a los vasallos en estado de sumisión moral; espíritu violento y revoltoso en sus relaciones sociales. Estas normas de conducta se convirtieron en un “ethos” social, es decir, que no son solamente causa de envidia y de admiración por el cuerpo social, sino también la suprema vocación humana a la cual se siente llamados todos los pobladores, incluso los indios y los negros, cuando han sido absorbidos por la cultura hispánica.” (Guillén, 2017).

Se podría esperar que la sociedad cambiará con el inicio de la República, con la consolidación del nuevo estado-nación. Sin embargo, la situación siguió siendo casi la misma. La iglesia salió prácticamente intacta de las luchas de independencia, de tal forma que conservó su poder y en general la sociedad mantuvo sus mismos ordenes, esto es, un grupo reducido de individuos con un nivel económico elevado frente a una masa general de población en estado de pobreza o miseria. Lo que sí cambió fue el orden de las disputas por la posesión de los cargos públicos y por la administración del Estado. Desde muy temprano las elites lucharon de forma continua por el mantenimiento del poder, y por la “administración” de los bienes públicos, que en casi todos los casos los siguieron

utilizando para conservar los privilegios y heredarlos como si fueran bienes nobiliarios. “La base del régimen político que sucedió a la Independencia es la herencia centralizadora de la burocracia borbónica. Se mudan los nombres de los funcionarios y los colores y figuras de las banderas. Se habla de gobiernos »ilustrados «y de» amigos del pueblo.«*Pero tras de los oropeles, el viejo latifundista-burócrata sigue ejerciendo su constante oficio acumulador de dinero para fingidos blasones.*” (Guillén, 2017).

Las familias que se habían auto-denominado como gente, siguieron usando todos los recursos del naciente Estado para mantener el orden establecido. Asuntos de vital importancia y que eran urgentes no se atendieron, la infraestructura de caminos y vías siguió siendo deficiente, lo que ayudaba al aislamiento regional y local. La producción se mantuvo en completa autarquía, y el mercado nacional no se logró consolidar, mucho menos, se hizo un trabajo importante para insertar los productos nacionales en el mercado internacional. No se emprendió lo necesario para ampliar y diversificar la producción, de tal manera que el nuevo Estado simplemente arrastró las lastras heredadas de los períodos anteriores. Las consecuencias fueron bastante notorias, pues la pobreza era el común denominador, incluso en las clases más poderosas. Si se les compara con las de otros países de la América Hispano-Lusitana es notoria la distancia:

El sector privado era casi igualmente podre. En comparación con los niveles de Río de Janeiro, México o Lima, la clase rica de Colombia era, sin duda alguna, una clase indigente. Las rentas de la clase alta de Bogotá en la primera mitad del siglo XIX frecuentemente alcanzaban a solo unos \$5.000 anuales por persona, y las personas en Bogotá con un capital mayor de \$100.000 podrían contarse con los dedos de la mano. Los ingresos de las clases medias y baja eran correlativamente pequeños. Los pocos elementos de que se componía la clase media, militares y oficiales de bajo rango, pequeños negociantes y artesanos, ganaban entre \$150 y \$700 al año. La mayor parte de la mano de obra campesina, así como la gente dedicada al servicio doméstico y los trabajadores no calificados de las ciudades, ganaban entre \$70 y \$75 al año, (Safford 1977).

Más allá de la desigualdad entre Colombia y los otros territorios del contexto latinoamericano, vale la pena hacer espacial énfasis en las diferencias existentes entre los grupos humanos al interior de la nación. Las brechas eran más que notorias, y estas se vieron reflejadas en todos los campos, pues los que trabajaban y producían la riqueza eran cada vez más pobres, mientras que las “élites”, por demás escasas, gozaban de unos

privilegios que provenían de la renta y no del trabajo directo. Los que dedicaban sus días a la producción real y concreta se vieron abocados a la falta de alimentos, donde las proteínas eran escasas y ocasionales, acaso sólo vistas en las festividades y los cumpleaños. Estos vivían en la constante incertidumbre y en la periferia social. Por su parte, la clase media, estaba muy por encima de los más pobres, sin embargo, tampoco se encontraba compuesta por una amplia cantidad de individuos, en todos los casos se trataba de individuos dedicados a actividades de comercio o de vida militar, y por lo mismo, una especie de bisagra en el intercambio o en el control social. De esa manera, el mundo de los privilegios siguió siendo un elemento reiterativo del orden social.

A de advertirse que los más pobres no sólo fueron conducidos a los mencionados estados de inequidad, sino que además durante toda la República ellos han sido la carne de cañón de los incontables conflictos, que todas las veces han agenciado y patrocinado las mismas clases detentoras de poder. Durante mucho tiempo fueron “soldados voluntarios” a los que se les amarraba para llevarlos al combate, y luego fueron obligados al servicio militar (Stübel y Reiss. 1994. Tovar, 2016). De cualquiera de las formas, la sangre derramada en cada uno de los lugares de los diferentes combates fue aportada por la masa ingente de los mismos desarraigados, esto es, aquellos que habían nacido en un mundo que pocas o ninguna oportunidad brindaba. Por su parte, los que componían las elites gastaban el tiempo en la vida religiosa y en una formación por demás escasa. Sus aspiraciones estaban en ocupar los cargos públicos y no en la vida práctica (Safford, 1989. Mayor, 1997. López 1976), buscaban con ilusión visitar los países Allende el mar. Se podría afirmar que sufrían de una xenofilia, similar a la que ha descrito Fernando del Paso para el caso de México (2011).

En el campo de la ciencia y la educación las cosas no eran ni mucho mejores; mantener la población en estado de analfabetismo fue una premisa para garantizar la continuidad del mundo social heredado del período colonial. Diana Obregón (1992) ha dicho con acierto que lo que se hizo fue inventar una tradición científica, que poco o nada tenía que ver con la producción real de la ciencia. No había necesidad social de la ciencia y sus producciones, además había una casi total carencia de un verdadero ethos científico, del escepticismo que caracteriza la producción científica, de la secularización del pensamiento y de una comunidad dedicada al conocimiento (Restrepo, 1990-1991). A mediados del siglo XIX Manuel Ancizar (1956) hace una radiografía de la lamentable situación del país en todos los campos, y advierte que el nivel de analfabetismo era de



más del 90% de la población. Los niveles más notorios de ese atraso se advierten con mayor grado en las zonas periféricas. En este sentido, en el mundo rural no hay escuelas de primeras letras, y donde las hay, sus alcances no son los de esperarse:

“En punto a instrucción pública, nada tiene de lisonjero el estado en que se encuentra el cantón. De los 26.600 habitantes 177 niños y 56 niñas reciben instrucción primaria, y 62 jóvenes concurren al Colegio de Chiquinquirá a viciarse el entendimiento con el estudio del latín, metafísica y algo de leyes. Por tanto, la Instrucción buena o mala es a la base general de la ignorancia como uno y medio es a ciento.”

Más adelante:

“Solo en el distrito de Moniquirá es lisonjero el estado de la instrucción primaria: en los demás no alcanzan a sesenta los educandos; por manera que la ignorancia cuenta con una mayoría de 98 individuos sobre cada 100; y aún hay que añadir muchos de los que han concurrido a las escuelas, por cuanto salen muy mal enseñados, y en breve olvidan la indigesta instrucción que recibieron sin método y sin hacerles conocer cómo habrían de aplicarla a los negocios. Generalmente, por lo que he visto en la provincia, la tal enseñanza se reduce a fatigar la memoria de los niños con preguntas y respuestas que sobre religión, gramática y aritmética aprenden al pie de la letra, y a la lectura y escritura, en cuyo aprendizaje gastan tres o cuatro años. He presenciado los exámenes de varias escuelas, y en todas he notado que a los niños se les pregunta por una especie de catecismo rutinario que denominan programa, fuera del cual no se puede preguntar nada, pues no aciertan a responder; prueba de que la instrucción propiamente dicha, que consiste en el ejercicio del entendimiento, no existe, reduciéndose a un estéril recargo de la memoria con palabras que para el alumno carecen de significación bien entendida. De aquí procede que en saliendo de la escuela olvidan el necio catecismo y con él toda la ciencia postiza que sacaron; y el padre de familia que se ha privado de los servicios de su hijo durante cuatro años, manteniéndolo en aprendizaje, se encuentra con un mocetón que no acierta a sacarle una cuenta en el mercado ni a leerle una carta, visto lo cual forma el propósito de no mandar los otros muchachos a la llamada escuela, origen de gastos inútiles y de hábitos de haraganería. Tal es la situación de la pretendida enseñanza primaria, con raras excepciones: tal la base de esperanzas con que contamos para realizar el sistema de elecciones por medio del sufragio universal directo, único verdadero, siempre que se apoye, no en la renta, sino en la instrucción, siquiera primaria,

de los sufragantes. Y lo peor es que las Escuelas Normales no han dado hasta ahora los frutos que de ellas se aguardaban: la rutina y el empirismo antiguos se perpetúan de unos en otros: la ciencia de enseñar no ha penetrado todavía en nuestro país, y al paso que vamos no penetrará en mucho tiempo.” (Ancizar, 1956).

Si la situación educativa y económica eran poco halagüeñas, no más se podría esperar de los demás sectores de la vida cotidiana de la nación. La mayor parte de la vida se pasaba en la rutina continua, alimentada por el calendario religioso y por los contantes chismes que alimentaban la vida social. Los viajeros extranjeros que durante el siglo XIX recorrieron el territorio de la naciente nación registraron el deplorable estado de los caminos y la poca vida social y cultural que había en las ciudades principales. De igual forma, han mostrado las constantes pugnas entre los partidarios de cada grupo político y la vida superficial de las élites, que se gastaban la mayor parte del tiempo en sostener el mundo de las apariencias y los privilegios. Rafael Gutiérrez Girardot no sólo lo advierte en la producción literaria, sino que lo encuentra en el triunfo definitivo del conservatismo y el catolicismo durante la hegemonía conservadora, (Gutiérrez, 2018, 2000).

El mundo conservador que se asentó de manera definitiva después del fracaso liberal de medio siglo XIX debe de ser tenido en cuenta en lo que acá se ha venido exponiendo, pues permitió la reconstrucción de hábitos y formas de entender la realidad desde el horizonte de la tradición del catolicismo militante y dogmático, que a su vez permeó todas las capas sociales y que posibilitó el mantenimiento de los privilegios. Lo que evidentemente contrastaba con los inicios de la modernización del país. El siglo XIX había significado un conjunto de cambios que no se podían frenar, y que al final del mismo siglo ya eran evidentes y necesarios (Mejía, 2000, Urrego, 1997). El aislamiento de Colombia del mundo no era posible, sin embargo, las elites tradicionales con ayuda de la iglesia estructuraron un fuerte rechazo a los cambios que provocaba esa modernización técnica y social. Miguel Ángel Urrego considera que el proceso de consolidación de la Hegemonía Conservadora implicó la construcción de una cultura nacional, esto es, un discurso agenciado mediante acciones claras y efectivas para generar una identificación nacionalista, algo que por lo demás hace parte del corazón del siglo XIX, que es sin duda alguna el siglo de los nacionalismos, con todas sus implicaciones.

Para el caso de la Colombia conservadora la “(...) construcción de la cultura nacional se desarrolla desde varios ejes (...) hispanización de la cultura, cristianización de la cultura, conformación de un Estado sin nación y maniqueización de la política”



(Urrego, 1997). Esos cuatro elementos se articularon de tal manera que la sociedad clasista que emergía sería una continuación del mundo colonial, y que por lo mismo valoró como fundamento de la nación la herencia hispánica. El dogmatismo propio del catolicismo contra-reformista fue ampliado con las consideraciones de clase que las élites impondrán como generales, y que se emanaran desde Bogotá para todo el país, pues el centralismo político fue igualmente cultural, no se entendió que “Colombia no es exclusivamente Santa Fe, y esta no es el «cerebro de Colombia»” (Gutiérrez, 2018). De tal manera que:

“...de la secular pobreza hidalga que real o simuladamente padeció la alta clase media bogotana hasta el momento en que sus familiares o amigos, con conciencia de clase, como lo demuestra el caso de José Asunción Silva tras su ruina, la suavizaron en forma considerable desde el poder de la República, haciéndola participe del magno presupuesto nacional. Gracias a este clientelismo de tipo señorial, la República conservadora salvó a los más brillantes hijos de la alta clase media, cuando llegaba el caso, de compartir la pobreza del pueblo, que este soportaba con impuesta resignación cristiana. Para los campesinos y trabajadores especialmente, resignación cristiana significó una paradójicamente descontenta sumisión a la sociedad señorial, que mucho más tarde fue interpretada ontológicamente como innata »melancolía de la raza indígena« (Para la clase alta señorial, campesinos y trabajadores eran todos »indios«).” (Gutiérrez, 2018).

De esta manera, los miembros de las clases dirigentes y tradicionales imponían con la fuerza del pulpito y la cátedra (Gutiérrez, 2018) principios que ellos consideraban universales, pues “(...) la tendencia de toda sociedad clasista a presentar sus propios intereses como los de toda la humanidad.” (Bloch, 2004), se cumplía a cabalidad en la República conservadora de finales del siglo XIX. No de otra manera se podrían conservar los privilegios que la hacienda había heredado de la encomienda (Guillén, 1996, 2017) y que habían sido el pasto de enormes disputas durante todo el período colonial. Para los herederos de los privilegios tratar de alejar el fantasma del mestizaje fue esencial, pues era indigna la mezcla de las sangres (Jaramillo, 1989). Las haciendas se convirtieron en el lugar que expresaban de mejor manera la mentalidad añeja que se había estructurado con el pasar de los siglos, eran el fundamento social de la República donde estaba clara la jerarquía y el lugar de siervos y señores. Esto no contrastaba con la vida urbana que

apenas empezaba a nacer, ya que la ciudad no respondió a los principios de la ciudad moderna e industrial, por el contrario, era una prolongación de la hacienda, lo que implica que *“para las señoras y lo que ellas representaba, la hacienda tiene un doble valor: garantiza el tradicional paternalismo de la clase señorial de hacendados, y justifica su dominio en cuanto identifica la cultura popular de sus siervos con la hacienda y esta con la nacionalidad.”* (Gutiérrez, 2018). El tránsito del siglo XIX al XX implicó un proceso de modernización técnica, de incorporación de algunas industrias y de servicios públicos, pero ello no repercutió en un cambio de la mentalidad y para muchos, tampoco se alteró la vida material. Los más seguían excluidos y los beneficios de las nuevas industrias escasamente les pertenecían.

El nuevo siglo estaba atravesado por el dominio absoluto de la iglesia en el sistema educativo nacional. Se podría acudir a Miguel Antonio Caro para ejemplificarlo, aunque mejor será recordar la desastrosa presencia de Rafael María Carrasquilla, quien fuera director de Instrucción Pública y por lo mismo, en buena medida responsable de dirigir la cristianización de la cultura en el ámbito escolar. Él afirmaba que “La república, instituida por los hombres, no es enemiga de la familia y de la Iglesia, fundadas directamente por Dios; al contrario: su misión es protegerlas en el ejercicio de sus legítimos derechos, y suplir a lo que ellas no alcanzan” (Carrasquilla, 1958). El mundo dogmático que se deriva de la mentalidad contrarreformista y militante tendrá consecuencias en todo el ámbito nacional, y es de especial importancia advertir que la “maniqueización de la política” fue una de ellas, pues las violencias partidistas tendrían una continuidad que se expresara en su modo más cruel a mediados del siglo XX. No se trató de una sola violencia, la que estuviera dirigida de manera exclusiva a los cuerpos, sino que se hizo real en múltiples formas.



Figura 5 - “En lugares mediterráneos no se fabrique el templo en la plaza sino algo distante de ella, donde esté separado de otro cualquier edificio... y porque de todas partes sea visto y mejor venerado, esté algo levantado de suelo, de forma que se haya de entrar por gradas, y entre la plaza mayor y el templo se edifiquen las Casas Reales, Cabildo o Consejo... en tal distancia que autoricen al templo...”. Fuente: Citado por: Rafael Gómez Hoyos, Pbro. “La iglesia de América en las leyes de indias”. Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, e Instituto de Cultura Hispánica de Bogotá. Madrid 1961.

Tercer momento



Figura 6 - Al final, el interrogante sobre el espacio público y su uso. Fuente: C.A.R.M.

“Con lo cual, es necesario concluir que el Sagrado Corazón no es un símbolo de la religiosidad popular. Por el contrario, es un símbolo del poder que no surge de abajo hacia arriba, no surge de las clases populares, sino que se impone desde las instituciones que están en manos de las clases altas del país. Por otra parte, el carácter católico de la educación en Colombia, oficializado por el Estado, determinó que generaciones sucesivas de colombianos se formaran en el culto al Sagrado Corazón. El correlato necesario de la masculinización del culto va apuntalándose a lo largo del siglo.” (Henríquez, 1996).

Hasta finales del siglo XIX, los espacios públicos dentro del mundo urbano estuvieron centrados en las plazas de mercado y en las edificaciones de la vida religiosa, pocos o casi ningún teatro se había construido, en términos generales las ciudades eran lugares de habitación, comercio y mundo religioso, las calles eran usadas por los transeúntes y en las festividades se ocupaban por las procesiones, siendo la más importante la del Corpus Cristi. La infraestructura general de las ciudades era poco menos

que deficiente, no había servicios públicos y si bien la población había crecido, el espacio urbano seguía ocupando casi las mismas áreas que al principio del siglo. La industrialización incipiente obligó a cambios importantes, entre ellos, la planificación de las ciudades y la determinación de nuevas formas arquitectónicas. Un ejemplo de ello fue el nacimiento de la industria cervecera, que no sólo implicó la construcción de un espacio dedicado expresamente a la fábrica y las oficinas, sino que permitió el nacimiento del primer barrio obrero de Bogotá, esto es, la Perseverancia. Las tensiones sociales se manifestaron en la llamada lucha contrala chicha (Urrego, 1997, Bejarano, 1950), la cual tuvo componentes racistas, clasistas de higiene y políticos.

La hispanización de la cultura a finales del siglo XIX coincidió con la celebración de los cuatrocientos años del descubrimiento, esto es, la Exposición Histórico-Americana de Madrid de 1892, la Exposición Colombina de Chicago 1893 y la Exposición Italo-Americana de 1892 (Bedoya, 2021, Botero, 2006, Langebaek, 2003). De igual manera, ha de tenerse en cuenta que el final del siglo XIX estuvo enmarcado por una de las peores invenciones del decimonónico siglo, la idea de la nación y su derivado el nacionalismo. En el caso de la América hispánica es importante anotar que la idea rectora era valorar las herencias hispánicas, las cuales según la opinión de muchos “académicos e intelectuales”, y de los gobiernos eran evidentes en todos los territorios, pues habían permitido edificar el destino de América, lo que en términos prácticos e ideológicos significó que la religión católica, el castellano y la organización de la sociedad debidamente jerarquizada eran las herencias peninsulares que se tenían que promocionar y defender como principios fundantes y fundamentales de las naciones, “...hacia mediados y finales del siglo XIX, ...las elites volcaron su interés en los héroes independentistas, así como en la recuperación de los conquistadores para la tradición historiográfica local, y así pusieron los origen culturales de Hispanoamérica en el período colonia.” (Bedoya, 2021). Lo que implicaba la construcción de una nación que se fundaba sobre una particular periodización histórica, en donde los personajes de culto deberían cumplir un papel fundamental y por lo mismo algunos objetos de valía deberían resaltarse como fundamentales. Lo cual explica el impulso que se dio a los Museos Nacionales, y determina el enfoque de las colecciones y cómo habrían de exponerse.

Si bien lo mencionado es notorio en toda América, en el caso específico de Colombia guarda particularidades que han de ser resaltadas ya que Vicente Restrepo y

Ernesto Restrepo Tirado (padre e hijo) pertenecieron a la Subcomisión de Protohistoria, y por lo mismo tuvieron relación con las tres exposiciones mencionadas, a donde se enviaron objetos de las antiguas comunidades aborígenes, las cuales fueron donadas o vendidas en el mercado internacional, pocas piezas volvieron al país. Juntos terminaron siendo directores del Museo Nacional en distintos momentos y fueron reconocidos como parte central de la historia de la arqueología nacional. Sin embargo, ellos mismos encarnan las ambivalencias de las personalidades colombianas, y sobre todo de las élites. Como bien lo advierte María Elena Bedoya (2021) Vicente Restrepo inicia su vida pública bajo las filas del liberalismo, pero no muy tarde se pasa al partido conservador, que le da mejores dividendos y en donde obtiene los más importantes puestos públicos. No sólo fue secretario del Tesoro durante el gobierno de Rafael Núñez, sino que también fue ministro de Relaciones exteriores y de Hacienda. Años antes, en 1970 había fundado la Sociedad Católica. Entonces el otrora liberal se terminó convirtiendo en un fervoroso conservador. “En su función como ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Rafael Núñez en 1887, firmó el Concordato con la Santa Sede. En el *Informe que el Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia dirige al Congreso Constitucional de 1888*, publicado por Vicente Restrepo en calidad de ministro, se reconoce la necesidad de la presencia de la Iglesia y se enfoca en la firma del Concordato, señalando que «el gobierno procurará que la enseñanza científica no sea de propaganda contra las verdades esenciales de la religión que profesan los colombianos» (Restrepo, 1888, 136). En dicho informe Restrepo presenta los beneficios de reconocer los dogmas católicos y la educación moral de los pueblos. Este hecho lo hizo merecedor de la condecoración Gran Cruz de la Orden de San Gregorio Magno, otorgada por el papa León XIII. Este tipo de condecoraciones se entregaba a personas que habían mostrado llevar una vida “intachable”, según la doctrina cristiana, y que, a la vez, promovieran los intereses de la sociedad, de la Iglesia católica y de la Santa Sede.” (Bedoya, 2021).

Es fácil advertir la coincidencia y sobrevivencia de los títulos “nobiliarios” que eran corrientes en la Colonia. Un individuo de la élite, que se había educado en París y visitó las minas de plata de Sajonia, que fue encargado de la producción y exportación de oro en Antioquia, que pertenecía a las familias más adineradas de Medellín recibía los blasones de reconocimiento de una sociedad conservadora. Lo mencionado contrasta con la vida y obra de dos intelectuales del liberalismo radical, que por lo mismo fueron condenados a la trastienda de la historia nacional, esto es, Jorge Isaacs y Miguel Triana



(Rodríguez 2012, Langebaek & Robledo, 2014). Si ello sucedía con dos reconocidos liberales, qué se podría esperar respecto del reconocimiento del resto de la población, esto es, de la mayor parte de aquellos que ni siquiera figurarían en la historia nacional, y que sólo fueron importantes como carne de cañón en las guerras que inauguraron el siglo XX, y que se recuerdan por la cruenta batalla de Palonegro. Como bien lo advierte Hermes Tovar Pinzón (2016) los excluidos y desarraigados fueron conducidos a un conflicto que no entendían, y en el que poco importaban (Tovar, 2016). Bajo la fuerza de las banderas de cada partido político cientos de miles llegaron a los campos de batalla, pocos sobrevivieron y los más quedaron en el anonimato. Las familias siguieron esperando el regreso de sus seres amados mientras los políticos de turno seguían disputándose una nación inventada, que no reconocían y menos aún habían viajado.

Mientras las familias esperaban el regreso de sus seres amados, los políticos emprendieron la reconstrucción de un país que ellos mismos habían destruido. La consagración de la nación al Sagrado Corazón de Jesús en 1902, – que había sido precedida por una serie de consagraciones municipales (Henríquez, 1996) – estuvo acompañada con la fundación de la Academia de Historia y Antigüedades de Colombia y con su órgano de difusión el Boletín de Historia y Antigüedades. La Academia de Historia advirtió la necesidad de hacer museos y aumentar las colecciones del Museo Nacional de Bogotá, además de obtener información acerca de “(...) *los idiomas, tradiciones, usos y costumbres de las tribus indígenas del territorio colombiano, para lo cual se solicitará, previos los permisos del caso, la cooperación de los religiosos misioneros*” (Boletín de Historia y antigüedades 1902. Cit. por Bedoya, 2021). No había un verdadero plan de trabajo o investigación, por el contrario, se contaba con la colaboración de donantes, que poco a poco irían entendiendo la importancia de las colecciones, y por lo mismo, entregarían a la tutela del Estado los objetos de “verdadero valor”. Desde principios del siglo XX se marcó el camino que habrían de seguir esas donaciones, pues no se trataba de coleccionar todos los objetos, sino sólo aquellos que merecían ser exhibidos; lo que implicó una rigurosa selección, que en últimas repercutió, en esa primera década del siglo en el centenario de la independencia.

Los tiempos sucesivos no serían un aliciente para los grupos menos favorecidos en el reparto económico y social. Los más seguían estando excluidos de los beneficios de las exportaciones y las rentas nacionales, a estos acaso sólo les quedó el uso del

escapulario, que se hizo general. Si bien se fue modernizando el territorio, no sucedió lo mismo con los políticos y la política, por el contrario, la radicalización de las creencias e ideologías se fue haciendo cada vez más notoria. Los triunfos liberales de inicios de la década del 30 del siglo XX no implicaron un cambio de vida para las masas sociales. Reformas necesarias se implementaron, pero el resultado fue poco menos que duradero, la fuerza de la tradición, de la hidalguía y del mundo hacendatario marcaron de nuevo los destinos de la sociedad (Henderson, 2006, Gómez, 2006, Silva, 2006), pronto el territorio estuvo de nuevo en llamas, y como en ocasiones anteriores los campesinos y pobres volvieron a poner la sangre. Como bien lo advierte F. Guillén “Los dominadores ya no aspiraban a ser marqueses: deseaban ser doctores. Y renació la pugna por el enajenamiento, con verdadera fúria.” (Guillén, 2017).



Figura 7 - “El General Jiménez de Quesada, como llevaba mucho oro, quiso primero ver a Granada, su patria, y holgarse con su parientes y amigos. Al cabo de algún tiempo fue a la Corte a sus negocios, en tiempo que estaba enlutada por muerte de la Emperatriz. Dijeron en este reino que el Adelantado había entrado con un vestido de grana que se usaba en aquellos tiempos, con mucho franjón de oro.” Y más adelante: “Los soldados que se fueron con los generales, como iban ricos, echaron fama en Castilla y en las demás partes a donde arribaron, diciendo que las casas del Nuevo Reino de Granada estaban colgadas y entapizadas con racimos de oro; con lo cual levantaron el ánimo a muchos para que dejasen las suyas, colgadas de paño de corte, por venir a Indias, viéndolos ir cargados de oro...” Fuente: Rodríguez Freyle, Juan. El carnero. Edición del Ministerio de Educación. Nacional Colombiano. Bogotá, Editorial Santafé, 1955.

Algunas conclusiones



Figura 8 - Es necesario discutir acerca del espacio público, su sentido y significado en la Colombia contemporánea. Fuente: C.A.R.M.

“La mezquindad, aunque está dorada por la apariencia, constituye el elemento vital de estas hidalguías aparentes” (Gutiérrez, 2018).

Quizá después de lo mencionado no hace falta referirse a los acontecimientos recientes en Colombia, que son los que dieron inicio a este escrito. Sin embargo, son necesarias algunas líneas, pues en Colombia dar algo por supuesto es siempre un error, ya que uno de los modos del comportamiento de los “hidalgos” y “doctores” nacionales sigue siendo suponer que los privilegios son naturales, acaso de origen religioso. De la misma manera juzgan la realidad social; así, cualquier genuino reclamo es considerado como una afrenta al orden establecido, que siempre consideran legítimo, y últimamente constitucional y democrático. Las mismas fórmulas de represión y distracción siguen siendo usadas, esto es, las armas como mecanismo para disuadir y frenar los reclamos; los medios de comunicación para dar una versión unilateral y justificadora de la fuerza ejercida por el Estado; algunos estamentos “intelectuales” que gastan cientos de hojas y kilómetros de tinta (ahora digitales) para demostrar una tradición democrática y liberal. En fin, un complejo mecanismo aceitado que en últimas busca mantener el orden

establecido y, sobre todo, conservar los privilegios, los mismos que son heredados generacionalmente. No deja de sorprender que los hijos de “hidalgos” y “doctores” se sientan con el natural derecho de ejercer la política y de ocupar los cargos públicos, y con ello, repartirse el erario. Ninguno de ellos hace suya la necesaria autocritica que es el principio de la racionalidad moderna, esto es, del Estado moderno. El mar de autoelogios los ha hecho ciegos a la realidad social.

Por lo mismo los “hidalgos” y “doctores” no se han dado cuenta que los reclamos de la sociedad no son una invención sin fundamento, sino resultado de siglos de exclusión, siglos que han significado millones de vidas destruidas, y de esperanzas frustradas. El soñar despierto, que es el principio de toda utopía (Bloch, 2004) se ha silenciado con el ruido de las balas y los gritos de dolor. En Colombia se ha naturalizado la desigualdad, la misma que desde los pulpitos se fue justificando, pues es bien sabido que “...es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el Reino de los Cielos...”. Desde las cátedras, los pulpitos y las plazas publicas se promulgó un discurso que sin variaciones significativas buscó la conservación y valoración de lo establecido. En los espacios públicos se instauraron las formas visibles de ese discurso, y los lugares se bautizaron de tal manera que permitieran reconocer la nación de los dones y doñas, los mismos que asistían a cocteles en los clubs, esto es, el club de armas (Gun Club) y el de los caballos (Jockey Club), luego en Los Lagartos. Al igual que los alias de los mafiosos y delincuentes, los apelativos a los clubs son significativos, responden a la misma lógica, la de la distinción. Protegidos por el muro de documentos y blasones, cuidados por las armas del Estado y tranquilos por la inoperancia de la justicia los “hidalgos” y “doctores” se adueñaron del pasado, y el presente, buscando con ahínco hacerse poseedores del porvenir.

De esta manera, parques, avenidas, plazas y edificios fueron la expresión de una sola mirada de la historia y realidad nacional. Con el discurso de lo incluyente fueron excluyendo a los más, y cuando estos han intentado recuperar lo poco, se les ha silenciado y estigmatizado. Lo único que había quedado a los excluidos eran las paredes, en donde poco a poco fueron colocando sus angustias y reclamos, las mismas paredes que hoy la “gente de bien” reclama como privadas y que cubren con el monótono gris. Acaso esa misma monotonía refleja el anquilosado “pensar” de los “hidalgos” y “doctores” que no soporta los vibrantes colores de las banderas aborígenes y de la sociedad, que parece despertar después de una muy oscura noche.



Para terminar, bastaría recordar que todo futurable implica discutir con lo acontecido, esto es inevitable y en la Colombia de hoy ello es Importante y Necesario, ya han pasado las urgencias, ahora es necesario tomarnos en serio.

Bibliografía

- Ancizar, M. (1956). *Peregrinación de Alpha. Por las provincias del norte de la Nueva Granada, en 1850-51*. Editorial: Biblioteca de la Presidencia de la República de Colombia.
- Bejarano Martínez, J. (1950). La derrota de un vicio. *Origen e Historia de la Chicha*. Bogotá: Iqueima.
- Bernand, C. (Compiladora). (1998). *Descubrimiento, conquista y colonización de América a quinientos años*. Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Bernand, C. & Gruzinski, S. (1992). *De la idolatría. Una arqueología de las ciencias religiosas*. Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Bernand, C. & Gruzinski, S. (2005). Historia del Nuevo Mundo. *Los mestizajes, 1550-1640*. Editorial Fondo de Cultura Económica, Tomo II.
- Bloch, E. (2004). El principio Esperanza Aditorial Trotta.
- Borges Moran, P. (1977). *El envío de misioneros a América durante la época española*. Bibliotheca Samanticensis. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Botero, C. I. (2006). *El redescubrimiento del pasado prehispánico de Colombia: viajeros, arqueólogos y coleccionistas 1820-1945*. Bogotá: Coedición: ICANH - Universidad de los Andes.
- Carrasquilla, R. M. (1958). *Obras completas*. Publicaciones de la Academia Colombiana, Imprenta nacional.
- Del Paso, F. (2011). *Bajo la sombra de la historia. Ensayos sobre el islam y el judaísmo*. Volumen I. editorial Fondo de Cultura Económica.
- Gómez García, J. G. (2006). Colombia es una cosa impenetrable. In *Raíces de la intolerancia y otros ensayos sobre historia política y vida intelectual*. Editorial Diente de León.
- Gómez Hoyos, R. (1961). *La iglesia de América en las leyes de Indias*. Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo (ed.). Instituto de Cultura Hispánica de Bogotá.

- Gutiérrez Girardot, R. (2018). *Ensayos de literatura colombiana I y II*. Ediciones UNAULA.
- Gutiérrez Girardot, R. (2000). *Estratificación social, cultura y violencia en Colombia*. In Aleph, número 112. Impreso en editorial Andina.
- Guillén Martínez, F. (1996). *El poder Político en Colombia*. Editorial Planeta.
- Guillén Martínez, F. (2017). *Estructura histórica, social y política de Colombia*. Editorial Ariel.
- Gruzinski, S. (2010). Las cuatro partes del mundo. *Historia de una mundialización*. Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Gruzinski, S. (2007a). El pensamiento mestizo. *Cultura amerindia y civilización del Renacimiento*. Editorial Paidós.
- Gruzinski, S. (2007b). *La colonización de lo Imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español. Siglos XVI-XVII*. Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Gruzinski, S. (2006). La guerra de las imágenes. *De Cristóbal Colón a “Blade Runner” (1492-2019)*. Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Henderson, J. (2006). La modernización en Colombia. *Los años de Laureano Gómez 1889-1965*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Henríquez, C. (1996). Imperio y ocaso del Sagrado Corazón en Colombia. *Un estudio histórico-simbólico*. Ediciones Altamir.
- Henríquez Ureña, P. (1954). *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Herrera Ángel, M. (2007). Ordenar para controlar. *Ordenamiento espacial y control político en las llanuras del Caribe y en los Andes Centrales Neogranadinos. Siglo XVII*. Editorial La Carreta Histórica.
- Jaramillo Uribe, J. (1989). Ensayos de Historia Social. *La sociedad neogranadina*. Tercer Mundo editores, tomo I.
- Jaramillo Vélez, R. (1998). *Colombia la modernidad postergada*. Editorial Argumentos.
- Labastida, J. (1999). *Humboldt Ciudadano Universal*. Editorial Siglo XXI.
- Langebaek, C. H. (2003). *Arqueología Colombiana Ciencia Pasado y exclusión*. Bogotá: Editorial Colciencias, Instituto Colombiano para el Desarrollo de la Ciencia y la Tecnología Francisco José de Caldas.
- López A. (1976). *Problemas colombianos*. Editorial la Carreta.



- López, M. (2001). Tiempos para rezar y tiempos para trabajar. *La cristianización de las comunidades muisca durante el siglo XVI*. Colección Cuadernos Coloniales. Editorial del Instituto Colombiano de antropología e Historia.
- Lutz, H. (2001). *Reforma y Contrareforma*. Editorial Alianza Universidad.
- Mayor Mora, A. (1997). *Cabezas duras y dedos inteligentes*. Editorial Instituto Colombiano de Cultura.
- Marx, K. (1972). Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. In *(Grundrisse) 1857-1858*. Editorial Siglo XXI.
- Mejía Pavony, G. (2000). Los años del cambio. *Historia de Bogotá 1820-1910*. Editorial CEJA.
- Obregón, D. (1992). Sociedades Científicas en Colombia. *La invención de una tradición. 1859-1936*. Colección Bibliográfica Banco de la Republica.
- Puigros, R. (1965). *La España que conquistó al nuevo mundo*. Ediciones siglo Veinte.
- Ricard, R. (2005). *La conquista espiritual de México*. Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Romero, J. L. (1999). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Restrepo, O. (1990-1991). José Celestino Mutis: El papel del saber en el Nuevo Reino. In *El Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. Editorial Universidad Nacional de Colombia, N° 18-19.
- Rodríguez, F. J. (1955). *El carnero*. Edición del Ministerio de Educación. Nacional Colombiano. Bogotá, Editorial Santafé.
- Rodríguez Martínez, C. A. (2012). Exclusiones, desarraigos y Olvidos: dos pensadores colombianos. *Miguel Triana y Jorge Isaacs pioneros de la investigación del arte rupestre en Colombia*. Editorial Académica Española.
- Safford, F. (1977). *Aspectos del siglo XIX en Colombia*. Ediciones Hombre Nuevo.
- Silva, R. (2006). Sociedades campesinas, transición social y cambio cultural en Colombia. In *La Encuesta folclórica Nacional de 1942: aproximaciones analíticas y empíricas*. Editorial La Carreta.
- Silva, R. (1989). El ideal de lo práctico. *El desafío de formar una élite técnica y empresarial en Colombia*. Empresa editorial Universidad Nacional. El Ancora Editores.

- Stübel, A. & Reiss, W. (1995). *Correspondencia en: Boletín Cultural y Bibliográfico*. Volumen XXXI, Número 35. Biblioteca Luis Ángel Arango.
- Temprano, E. (1994). El árbol de las pasiones. *Deseo, pecado y vidas repetidas*. Editorial Ariel.
- Todorov, T. (1996). La Conquista de América. *El problema del otro*. Editorial Siglo XXI.
- Tovar, H. (1997). La estación del miedo o la desolación dispersa. In *El Caribe colombiano en el siglo XVI*. Editorial Ariel Historia.
- Tovar, H. (1993). Relaciones y Visitas a los Andes, Siglo XVI. In *Colección de Historia de la Biblioteca Nacional*. Editorial: Colcultura e Instituto de Cultura Hispánica.
- Tovar, H. (2016). El silencio inédito de la guerra. *Espera, dolor, incertidumbre*. Editorial Universidad de los Andes.
- Trevor-Roper, H. (2009). La crisis del siglo XVII. *Religión, Reforma y Cambio Social*. Editorial KATZ.
- Urrego, M. Á. (1997). *Sexualidad, matrimonio y familia en Bogotá 1880-1930*. Ariel Historia, Fundación Universidad Central.
- Weckmann, L. (1994). *La herencia medieval de México*. Editorial Fondo de Cultura Económica.

